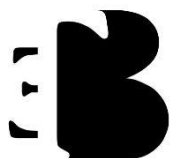


Fotomontajes mínimos



Roberto Echeto



El Taller **Blanco**
EDICIONES



FOTOMONTAJES MÍNIMOS

© Textos e ilustración de portada: Roberto Echeto

© De la presente edición: El Taller Blanco Ediciones

Impreso en Cali, Colombia, abril de 2021.

Correo: eltallerblancoed@gmail.com

Facebook: El Taller Blanco Ediciones

Twitter: @BlancoTaller

Instagram: @eltallerblanco.e

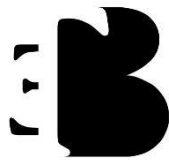


Fotomontajes mínimos, de Roberto Echeto, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

ROBERTO ECHETO
FOTOMONTAJES MÍNIMOS

*

COLECCIÓN *COMARCA MÍNIMA*



El Taller **Blanco**
EDICIONES

LAS GLICINIAS temblaban con la luz de la tarde y con las carcajadas de los amigos que bebían cerveza y whisky recostados en las tumbonas del jardín. Uno era viejo, de barba blanca, y vestía una chaqueta azul sobre una camisa llena de flores anaranjadas; el otro, joven y rubio, llevaba el pelo largo sobre los hombros de una estirada franela de color indefinido y un pantalón del que se había alimentado un ejército de cucarachas. Ambos bebían sin zapatos y se pasaban el uno al otro, y a cada rato, el cuerpo de una larga escopeta cuyo cañón apuntaba siempre hacia ellos mismos.

NUEVA YORK, nava rodeada de montes verticales.

Una gaviota mide el aire con sus lágrimas.

La calle mínima se hace gigantesca enemiga en segundos.

Se va Ana Mendieta.

Se va.

¿QUÉ SE PUEDE hacer con el *vantablack*?

Pintarle el fuselaje a un avión es demasiado militar y pintarle las entrañas a un telescopio es demasiado tecnológico. Cualquier uso científico del *vantablack* es vulgar y ofende.

Hace tres años se me ocurrió ensamblar un antiespejo, un círculo enorme de acero pintado de *vantablack* para colocarlo en un espacio público.

La idea de instalar un antisol en la tierra y al aire libre me gustó durante un tiempo, pero la abandoné porque también me pareció vulgar.

Creo que lo mejor que puedo hacer con el *vantablack* es registrarlo a mi nombre, divulgar la noticia de su invención y dejar que cualquiera se imagine qué uso le daría a la sustancia más oscura que existe.

Alguien, en algún lugar de la Tierra, dirá que su alma llueve *vantablack* o que dentro de sí lleva una noche *vantablack*.

Y eso es suficiente.

EL HOMBRE SIN ROSTRO, de bombín y digna corbata, se multiplica a sí mismo en la lluvia.

El hombre sin rostro se ve en el espejo y sólo ve una manzana flotando frente a su cabeza.

El hombre sin rostro tuvo un hijo sin rostro que viaja a través de todas las fotografías del mundo.

El hombre sin rostro comparte una cerveza roja con un pescado que tiene piernas de mujer.

El hombre sin rostro se imagina un espejo que muestra todos los cuerpos de espaldas.

El hombre sin rostro saca su pipa y la acaricia. Salvo observarla, no halla qué hacer con ella.

El hombre sin rostro pinta un cuadro donde aparece el hombre sin rostro pintando un cuadro.

A LO LEJOS, los cañones.

El largo arado que convierte la tierra en curva trinchera.

Los topos con sus máscaras.

La muerte que se viste de humo.

El caballo que será árbol.

Los cráneos desnudos y espontáneos

como las ruinas, las eternas ruinas, por las que se arrastra,

en su pesadilla,

Otto Dix.

MARIE SIEMPRE esconde dos o tres tubos de ensayo en los bolsillos de sus faldas. No sólo desea observar el desarrollo de sus experimentos y tomar apuntes cada vez que sea necesario. En secreto, quiere tener cerca la belleza de las sustancias que se tornan y permanecen luminosas cada vez que se mezclan.

Una noche entró en su laboratorio y, antes de encender la luz, vio las siluetas apacibles de sus instrumentos de trabajo: las pinzas, la balanza, el lápiz, el cuaderno, la espátula, los envases... Cada objeto estaba rodeado por un tenue halo azul que le recordaba los cuentos de hadas que tantas veces leyó en Polonia.

Como brotando de las tinieblas, envueltos en su brillo mudo, también estaban los guantes, el delantal de caucho, el cazo de plomo, las tijeras...

Una voz en su cabeza (tal vez la de un ser de aquella noche feérica) le dijo que la fosforescencia de aquellos objetos era consecuencia de la exposición a los agentes radiactivos; a nada más. Todo lo que produjera en su laboratorio, tendría un halo mínimo cuya belleza podría comunicar (quizás a Pierre), pero sería intrascendente para efectos de la ciencia.

De pronto, Marie hizo el ademán de verse las manos.

Y se las vio.

En el laboratorio negro se las vio nítidas debajo del halo azul que las rodeaba.

Eran como anémonas lentas que flotaban en un océano de incredulidad.

No le diría nada a nadie.

Al menos no se referiría a la sensación de plenitud que aquellas formas le producían.

Era mejor guardarse la belleza para sí.

EN 1617, EL MÉDICO Y ASTRÓLOGO Robert Fludd utilizó un cuadrado negro para representar la nada. Lo hizo en el primer capítulo de *La historia metafísica, física y técnica de los dos mundos, a saber, el mayor y el menor*.

En 1913, Kazimir Malevich presentó su *Cuadrado negro*, una pintura en la que la figura de cuatro lados representa todas las imágenes que habrían podido aparecer en ese cuadro y que, sin embargo, no aparecieron porque a su autor no le interesó.

La «nada» de Fludd contiene una nota en latín en cada uno de sus lados que reza «Y así hasta el infinito».

La huella de lo que pudo estar en el cuadro de Malevich y no está, carece de apostilla alguna, como si el cuadrado solitario bastara para representar el huidizo universo.

Hay algo heroico y hostil en la geometría negra de esa masa hecha símbolo. Acaso sea la implacable sencillez de sus formas la que le permita hacerse nítida en la noche de la memoria.

EN EL DESIERTO de hielo, la noche y la niebla tienen el color de su vestido. Nadie la ha visto. Es la novia que atraviesa las tundras. Se llama Kira Argounova y huye del dominio de los bastos sin importarle las piedras del cansancio ni el hambre ni la nostalgia, que es la enfermedad del exilio.

A lo lejos un soldado mira el horizonte. Un celaje, una variante mínima en el aire, le hace levantar el fusil y apretar el gatillo.

Después del trueno, la nada, el frío avasallante, el silencio áspero de siempre.

A PESAR DE LA DISTANCIA, los pescadores pueden verlo mientras se acercan a la orilla. Ahí está. Es el coloso nítido y minúsculo que le da la espalda a las olas.

Pocos en Cumaná conocen los avatares de su vida. Ellos, hombres de sal dados a la pendencia, sólo saben que no duerme y que habla lenguas extrañas a los oídos rústicos. Cuando salen de madrugada y abordan sus barcos, cuentan las luces encendidas en el caserón lleno de libros y, cuando regresan, ven al caballero envuelto en una toga oscura, inmóvil como una estatua.

Quizás el sol disolviera las mentes de ese hombre principal, o el mar... Tal vez el mar le cobrase su vasta indiferencia, su infatigable deseo de no vivir en su compañía.

¿Quién puede decirlo con certeza?

EN EL ESPACIO abierto y soleado,
la piedra imaginaria
el caballo,
el reloj,
las sombras.
De Chirico se ríe.
No hay aire para un pájaro en el cuadro;
sólo arcadas y edificios
en la nítida verdad
del sueño.

A BORGES le cuesta apearse del Mustang. Cervantes le abre la puerta y le ofrece su brazo para apoyarse. Calvino se encuentra en una de las ramas del arce junto a Cósimo Piovasco de Rondó. Más arriba, en el mismo árbol, unas damas y unos caballeros españoles luchan, bastones y ramas en mano, contra los búhos que los rodean.

Cervantes cierra los ojos.

Borges escucha las voces y espera.

Un viento suave los envuelve.

ALFRED OBSERVA las pinturas que trajo Georgia y no puede creer lo que ve. En cada mediano formato no hay más que flores, flores imaginadas y reales a la vez. Alfred se acerca, se aleja, se inclina, pregunta algo sobre las capas de colores, guarda silencio...

Georgia mira las flores y se ve a sí misma; ve el centro de gravitación universal, el núcleo de todas las cosas, la oscuridad, la inocencia, la luz y luego otra vez la oscuridad, los colores, la delicadeza, el ardor...

Alfred se ruboriza; no puede decir todo lo que piensa, pero resume en su sonrisa todo el entusiasmo que esas pinturas y ese momento le producen.

Georgia también sonríe.

ANDREI RUBLIOV lleva un rectángulo áureo en el pecho.

A su izquierda, un ángel se ríe porque comprende el mensaje.

A su alrededor, aire dorado y líneas de 1428.

El porvenir está cerca.

La brillante geometría nos lo dice.

Pero no la escuchamos.

SOLO, EN SU SILLA, mira el muro.
En su cabeza (hueso cifrado del tiempo), las estrellas,
el filo familiar de un ruido verde.
«Dómalo, Mingus. Doma al monstruo. No cejes».
Bendita el hacha que sirvió la madera.
Nada evita que cribe la ira del mundo
y la transforme en eso que llena
el aire de más aire.

EDVARD MUNCH conoce como nadie el hielo.
Por eso el color de su voz se expande sobre las aguas
más allá del mundo.
La voz del grito no es biológica;
es metafísica
vertical.
El grito que se eleva
más allá del frío,
más allá del tiempo,
más allá del aire de los días,
hasta Encélado,
perdura,
a pesar de la oscuridad.

EUGENIO MONTEJO viste un traje gris muy claro, camisa blanca y corbata negra; lleva en sus manos una lámpara encendida y la escopeta para matar guacamayas que le regaló Alonso Arquímedes Future.

Eugenio Montejo viste un traje gris muy claro, camisa blanca, corbata morada y no calza medias ni zapatos; en una mano tiene una piedra negra y en la otra un pan redondo.

Eugenio Montejo viste un traje gris muy claro, camisa blanca y corbata verde. A su lado, y ante una grabadora, John Ford lee *Los persas*, de Esquilo.

Eugenio Montejo viste un traje gris muy claro, camisa blanca y corbata vino tinto; en una mano lleva un muñeco igual a sí mismo y en la otra una maceta con un cactus.

Eugenio Montejo viste un traje gris muy claro, camisa azul y corbata verde oscuro; sonríe porque se encuentra junto a Simonetta Vespucci, Margaret Atwood, Sara Jay, Herta Müller y Ernest Borgnine.

Eugenio Montejo viste un traje azul oscuro, camisa rosada, corbata verde y medias rojas. Una rubia anónima en shortcitos le entrega un mapa roído de Puerto Malo.

Eugenio Montejo viste un traje gris muy claro, camisa blanca y corbata negra; no nos mira ni nos sonríe; se mantiene atento al jabillo que le enseña el idioma de las espinas.

JOËLLE LÉANDRE gime, grita, tose, tararea.
No es el contrabajo su gemelo; es la música grande
que vive
y brota
de su cuerpo.

¿DE QUÉ HABLA la cabeza de Mishima?

Te pide que oigas con atención el ruido de la greca.

«Oye los caballos» —dice—. «Oye los caballos que se acercan desde el valle».

SOBRE LA CUBIERTA del *Nautilus* el capitán Nemo y Gustave Eiffel elogian la belleza de las aspas, la serenidad de los tornillos.

Algún día el mundo será una sola línea por la que viajen el fuego y la forma que somos.

La estrella distante.

El rumor de los pensamientos.

ALICE OBSERVA un punto indeterminado entre ella y el piano; salvo el aire, no mira nada específico. Una vez, hace años, John le dijo que entre las partículas que flotan se encuentra la música que acaba de sonar. Alice sonríe porque sabe que quien de verdad se encuentra entre el polvo azotado por la música es su esposo devenido en energía hace años... Sí. En el aire, entre las volutas y el tejido que dibuja el sonido, está John Coltrane.

UN ESPIRAL de cuerpos zumba arrastrado por una corriente que brama y atraviesa los siglos. Cerca, muy cerca, en el borde de un barranco sórdido, Dante, Miguel Ángel y Fellini admiran la avilantez de ese torrente; hablan con seriedad; se preguntan por el origen de semejante visión; hacen silencio; se concentran en el ruido despiadado del viento.

A SU PASO, las tijeras dejan la estela de un mundo en formación.
Un tigre.
Un cactus.
Un sello.
El esqueleto de una rana.
El trazo de una anguila.
La palabra de tres letras mayúsculas.
El inquietante universo en la profundidad del papel.
La música que se expande y refina por otros medios.
Sólo quien cultiva un lenguaje interior, se multiplica a sí mismo.

NO PODEMOS liberarnos de la noche
que llevamos en la espalda.
Anthony Braxton lo sabe, como lo sabemos todos,
pero él no se lamenta.
Él cultiva formas detrás de las formas,
complejas líneas de aliento,
rombos y ángulos con sus brazos
y sus ojos;
dibujos que cruzan el álgebra
y se hunden en el aire,
huyendo de la tierra
que siempre nos espera.

MARCEL DUCHAMP abraza a Andrés Eloy Blanco. Ambos se ríen. Cada uno cree que el otro es su hermano perdido, su doble, su vívido retrato. Un día dejaron las bromas de lado y acordaron intercambiarse sus vidas. Así llenaron de carcajadas un espejo, cada uno intentando peinarse como el otro, hasta que Marcel le propuso a Andrés Eloy —el más calvo de los dos— que se cortara el pelo al rape, pero que se dejara una estrella en la coronilla, mientras él, afeitadora en mano, se dibujaría un peinado serio de señor con calvicie frontal. Así hicieron. El poeta diputado fungió de artista y el artista fungió de diputado durante una breve y provechosa temporada.

GIOTTO DI BONDONE dibuja un círculo y se lo entrega a M. A. Buonarrotti.

Giotto di Bondone dibuja un círculo y se lo entrega a Richard Serra.

Giotto di Bondone dibuja un círculo y se lo entrega a Ana Mendieta.

Giotto di Bondone dibuja un círculo y se lo entrega al señor Giorgio Vasari.

Giotto di Bondone dibuja un círculo y se lo entrega a Kazimir Malevich.

Giotto di Bondone dibuja un círculo y se lo entrega a un ángel vehemente.

Giotto di Bondone dibuja un círculo y se lo entrega a Edwin Abbott.

Giotto di Bondone dibuja un círculo y se lo entrega a Giotto di Bondone.

TENÍA LA SOMBRA en el pecho,
igual que el grito y la estrella.
El hombre de camisa blanca
nos lo dice y nos enseña
a ver las formas que nacen
de las manchas:
un burro,
un demonio,
dos, acaso tres, hombres colgados de un árbol,
una bruja,
un toro,
un mono,
un búho,
una cruz y una mantilla...
¿Qué hay detrás de la oscuridad?
Tal vez la guerra.
Cualquier guerra.
El malestar de estar vivos.
La rabia.
La desazón que fluye
y nos arrastra.
Las formas que necesitan formas
para encontrar el camino
a la luz.

JEAN COCTEAU y Federico García Lorca se estrechan las manos.

Ambos trazan líneas imperfectas, metamorfosis de caligrafías, dibujos luminosos y atarantados.

Ante nosotros, las imágenes sirviéndose de distintos instrumentos para mostrarnos la transformación, la insistente transformación de los ojos.

Cocteau y García Lorca sonrían.

AYN RAND CAMINA sobre el techo de la T-House de Simon Ungers.

Hay algo de máquina hosca en el ruido de los pies sobre el acero cubierto de hojas amarillas.

Pasos, crujidos, resonancia.

Y el eco.

El eco.

EN LA REPETICIÓN de mis noches abstrusas, veo tu mármol distante. Hoy, que vuelvo a verte, me atrevo a pedirte que les digas a mis hermanos mayores que no dejen de esperarme, que yo iré a visitarlos algún día. En cuanto a ti, diosa robusta, prometo recorrer los mapas y las ruinas de la ciudad milenaria hasta dar contigo para así abrazarme a tus pies y ofrecerte mi amistad fuera del sueño.

BAJO EL CIELO acorazado, los barcos.

En la playa de Leyte, las lanchas, las armas, el humo azaroso.

Entre las infinitas hormigas, la voz de Gregory Peck.

«...Habitantes de las Filipinas, he regresado.

Gracias a Dios Todopoderoso, nuestras fuerzas otra vez pisan suelo filipino.

Ha llegado la hora de su redención.

Únanse a mí.

Que el espíritu indomable de Bataán y Corregidor lidere, mientras la línea de batalla avanza y ataca.

Por su hogar y sus corazones, ataquen.

Por las futuras generaciones de sus hijos, ataquen.

En nombre de sus muertos sagrados, ataquen.

Que sus corazones no sean débiles.

Que sus brazos estén firmes.

Que la divina guía de Dios marque el camino.

Sigan en su sagrado nombre al Santo Grial de la Victoria...».

CADA VEZ QUE TOSE, su reloj se atrasa treinta segundos.

Por eso su pintura atildada corresponde a otro tiempo.

Quiere ser un clásico en una época de inquietante evanescencia.

Quiere ser un clásico y trabaja para funcionarios que le encargan cuadros aparatosos.

Batallas.

Héroes patrios.

La historia.

La Biblia.

La mitología griega.

De vez en cuando, la tos remite y la pintura expande sus temas y sus formas; aparecen niños enfermos, varas rotas, jinetes árabes.

Ahí está nuestro clásico.

Nadie dirá de él que más que un eminentísimo dibujante y un perfecto caballero, fue un artista de la melancolía.

Un afanado admirador del pasado.

Él, nuestro clásico.

EXTRAÑA CUALIDAD la del color que llama a la memoria.

Detrás de nuestros ojos guardamos la piel del mundo.

Ettore Spalletti libra de anécdotas a Fra Angélico.

Una por una despeja sus pinturas de figuras prodigiosas.

Quedan el dorado, el rosa, el verde, el azul del cielo italiano.

Tan desnudos.

Tan profundos.

Tan libres de horizonte.

En cada color, años de recuerdos.

Siglos de imágenes agolpadas en un único plano.

En una sensación que permanece muda hasta que despierta.

A LA SOMBRA de los ficus, entre las piedras y las bromelias, Teresa Carreño y Cecil Taylor toman café.

No hablan de las teclas blancas y negras.

Ni de la madera oscura de los futuros muebles.

Hablan de la grama que pisa Min Tanaka mientras baila con un dragón.

Ochenta y ocho elefantes, grandes como semillas, los rodean.

Un colibrí con cara de mujer busca el árbol de los pianos.

Y sonrío.

EN ESTA CIUDAD
los días huyen como la luz
entre los árboles,
como las ardillas
de madera incansable.
El tiempo no es del río
ni de la oscura garganta
que ruge tres veces
cada día;
es nuestro,
y se mueve muy adentro,
y se abre
y se ciñe a su lógica
de semilla áspera.
Cada uno de nosotros
tuvo su árbol
y lo usó como quiso
o como pudo;
fue o no fue feliz,
fue la ardilla
o el frío
o la piedra
o el humo.

EN LOS OJOS del sueño una hiena verde cuida el campo de monolitos.

Nadie la había visto hasta que John Heartfield trajo su estampa a esta orilla.

Aquí también la conocemos.

Es la bestia que vive entre nosotros y el futuro.

EN LA SALA se encuentra la tela enorme y húmeda con dos nubes rojas y rectangulares sobre un horizonte naranja.

En el espacio oscuro, el ruido afanado de un ventilador, el escrupuloso desorden, la poltrona en la que permanece inmóvil un hombre calvo de corbata y abrigo que fuma y observa su cuadro en silencio.

BUÑUEL APARECE en este minúsculo montaje. No hace nada interesante, aunque lleva una botella y un vaso en las manos.

Si pudiéramos oír su voz en este instante, oiríamos lo que piensa, que sería algo de esta guisa:

«Si dentro de mi cuerpo está mi espíritu, ¿dónde estoy yo? ¿Acaso estoy dentro de mi espíritu? ¿Qué o quién está dentro de mí cuando no estoy dentro de mi cuerpo? Si, al morir, soy yo el que se sale de mi cuerpo, ¿quién está dentro de mí ahora, evocando el que era y pronunciando estas palabras?».

EN LA TARDE,
sobre el columpio,
como sobre una nube,
se mece Carmen Sternwood.
Sus movimientos fluyen con la suavidad de una sinfonía displicente.
No hay esfuerzo ni artificio en su sonrisa;
sólo aire y vanidad.
En el vaivén del impulso,
uno de sus zapatos desprende una línea rápida
y malvada,
como en un cuadro de Fragonard,
hacia las estrellas.

EN EL ESPEJO de la sastrería, José Gregorio Hernández y Carlos Zerpa observan cómo se ven en sus trajes iguales. Detrás de ellos, un jumento pintado como una cebra los mira y les lanza una mirada aprobatoria.

El sastre (tan austero en el oficio como voluptuoso en la vida) hace su aparición en la sala; empuja un carrito sobre el que lleva cuatro vasos de Toddy, un ejemplar de *La filosofía del viaje en el tiempo*, una caja de Marlboro y un cenicero azul.

Aprender a deslizarse por las tardes aburridas de la vida.

El gran arte.

UN PARALELEPÍPEDO de acero en medio del desierto qatarí.

A lo lejos, alineado con el primero, otro monolito igual en forma y tamaño.

Más lejos, alineado con los dos anteriores, otro monolito de acero.

Aún más lejos, fundido en el fuego y el polvo, otro monolito de acero.

En el horizonte reverberante, otro monolito.

Y otro.

Y otro.

Y otro.

En la nada se extiende la fila de piedras oscuras.

Rojizos los ángulos. Afiladas las lenguas que nombran el fuego.

¿Cómo se marca un desierto, si todo en él es mudable y perpetuo a la vez?

MAR VERTICAL,
dorado
sol de los siglos,
recuerda el brillo
sobre tu espalda,
allí donde se dibujan
el ángel y el hombre,
el águila y el león,
el brillo afanado
del triunfo.
Dime si sabes de la luz
que dictó los trazos
de este cielo
debajo del cielo,
o si oíste la voz
del gobernante
sabio
en este espacio
donde retumban ahumadas
las meditaciones
de dos mundos.
Entre los cuatro minaretes
sigue digna.
Mantente erguida.
Recuérdales
a todas las generaciones
que la belleza no se acaba
y nos une,
que aún debajo
o detrás
del horror impasible,

el aire que necesitamos
permanece
intacto,
esperándonos.

LA NAVAJA que corta las calles y los ríos.
Las luces de los bombardeos presentes y futuros.
Los tranvías y las estrellas de Berlín.
El puente amarillo abarrotado de sombras.
Las mujeres.
Todas las mujeres.
La madera devastada de los siglos.
El barro y las bayonetas.
Las explosiones siempre abstractas.
La metralla cósmica de la locura.
La tala de los nervios.
Ernst Ludwig Kirchner perdido de sí mismo.
La caída y el descanso.
Davos.
Las paredes rosadas de los Alpes.
El cielo verde.
La tranquilidad del sanatorio.
Los sueños con mujeres amarillas.
El veneno de los nazis.
La destrucción de todo lo distinto.
El silencio.
El final.

EL CIELO PORTÁTIL

Un sustantivo. Ningún adjetivo lo acompaña.

El beso de los sustantivos en la sombra, entre la música.

Un adverbio se alza sobre otro adverbio; quiere ver el horizonte.

El sol, punto de luz que cifra los días.

Las conjunciones son bailarinas invisibles. Debe ocurrir algo inusitado para que abandonen su habitual discreción y protagonicen el espectáculo.

Un trueno sucede a la tilde que cruza el cielo y cae sobre la buena tierra.

Un verbo se queja del sustantivo con el que trabaja. Lo nota débil e indigno de su compañía.

Los adjetivos se acompañan entre ellos; se ríen, se embriagan, se sienten bien en el tumulto.

Guión, anguila electrocutada. Guión, barrote horizontal. En el medio, la incisión.

Acostados en la playa, los asteriscos miran el cielo; duermen como estrellas el cansancio ancestral, el bramido de las nubes y las fuentes.

La luna mutante habla el lenguaje de las sombras con que puede contarse la historia de cualquier firmamento.

Los adverbios diseñan el momentáneo espejismo de la precisión. Por eso nadie los comprende.

Bolsa de mensajes los paréntesis elásticos.

En el idioma del álgebra, dos paralelas horizontales indican la presencia del viento.

En la partitura de la respiración los puntos, hitos de aire, piedras romas a lo largo del camino.

Las comas ancianas no duermen; dan volteretas en la playa.

Las preposiciones tienen manos inquietas; se aferran a todo lo que encuentran.

Punto y coma, ojo y marfil de un elefante invisible.

La secuencia sol, nube, luna se parece a punto, línea, punto.

Signos de interrogación, perfil de mujer fragmentada.

Leer los pies de página como quien lee inscripciones en las paredes de una gruta.

Lemniscata, hélice solemne, plácida condecoración duradera.

Las tildes no son sombreros; son puñales suspendidos sobre algunas letras.

Tres cabezas, tres puntos hundidos en el barro blanco.

Las conjunciones insomnes tuercen el camino; lo alargan, lo dividen.
Acaso su poder sea mudar en árbol lo que nació hoja.

Detrás del mar de los mensajes, el mar cifrado que se expande entre los rasguños puntuales de las comillas multiformes.

La arroba salvadora traza caminos a través de los océanos.

Hito flotante, el solitario apóstrofo, instrumento de cirugía verbal.

Hombre en monociclo. Monociclo en hombre. Signos de exclamación.

Las comas saltan de la gramática al álgebra para estar con los decimales.

A veces cieno, a veces erial, el terraplén que es el texto que es la vida.

Sobre su techo la N acentúa su naturaleza nasal con un rasguño.

En otro universo habrá un cielo de líneas.

Las páginas, como el mundo, son cielos inferiores.

Cielo portátil el alfabeto; puntos de luz en el implacable formato de los días.

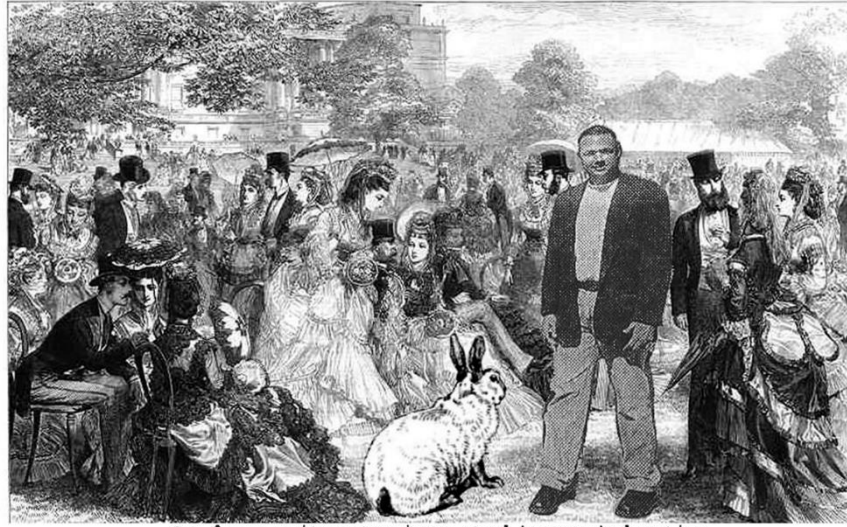
Roberto Echeto

Caracas, Venezuela, 1970.

Licenciado en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello; ha producido programas de radio y colaborado en revistas y periódicos; ha publicado tres libros de relatos (*Cuentos líquidos*, *Breviario galante* y *La máquina clásica*), una novela (*No habrá final*) y dos ensayos (*70 años de humor en Venezuela* y *Maniobras elementales*, con el que ganó el Concurso Transgénérico de la Fundación para la Cultura Urbana en 2015). Participó en el International Writing Program de la Universidad de Iowa en 2018. Le gustan los *westerns*, las películas de acción, los atardeceres despejados y los jardines silenciosos.

NARRATIVA BREVE
COLECCIÓN *Comarca Mínima*

- Su vida* /Victoria de Stefano
Homenaje a la estrella /Elisa Lerner
El vals de Amoreira/Juan Carlos Méndez Guédez
Retablo de plegarias/Fedosy Santaella
A medianoche/ Rony Vásquez Guevara
Mahmud Darwish anda en metro /Miguel Antonio Guevara
El perro estar/Carolina Lozada
El arquero dormido/Ednodio Quintero
Muerte del filósofo chino y otros textos insomnes /Piero de Vicari
Las malas decisiones /Jesús Ovallos
Los Villa/Jorge Iván Jaramillo Hincapié
Diversidad(es). Minificciones alternas/varios autores
Miniaturas voraces/Alberto Sánchez Argüello
El ojo de la mosca y más retratos familiares /Alberto Hernández
Cava de minificciones/ José Manuel Ortiz Soto
Maletín de pequeños objetos/Arnaldo Jiménez
Ciudad en ciudades (Ejercicios narrativos)/José Balza
Escribir es la respuesta/ Andrés Mauricio Muñoz



Por favor, evite extraviarse en el horror declarativo.

Roberto Echeto
Evite extraviarse...
Caracas, Venezuela.
2017



COLECCIÓN *Comarca Mínima*